

Resolvió cederle definitivamente el Magdeburgo y además el Hannóver que formaba en Alemania un vasto y muy buen territorio aún no distribuido. No era esto añadir mucho á la dificultad de las paces con Inglaterra, pues si de muchos años atrás se había acostumbrado esta potencia á mirar como propiedades suyas las islas Jónicas, Malta, el Cabo y otras muchas conquistas, aunque ningún tratado general se las hubiera adjudicado definitivamente, parecía haber contraído también la costumbre de no considerar el Hannóver como territorio que le perteneciera. Cierto es que la real familia siempre lo tenía por su personal patrimonio; mas semejaba que á los ojos de la nación equivaldría esta pérdida á alivio de una carga. En cambio de la cesión hecha á favor suyo, hubo de comprometerse el rey Jerónimo á asalarar por toda la duración de la guerra un ejército de diez y ocho mil quinientos hombres, de tropas francesas, destinadas á residir en Westfalia: hubo de pagar además en bonos, que devengaran intereses, y reembolsables dentro de algunos años, las contribuciones extraordinarias de guerra no aprontadas por el Hannóver, y de reconocer todas las donaciones hechas en este país á los militares franceses, las cuales ascendían á cerca de once millones de renta. Mediante estas condiciones fué declarado el rey Jerónimo soberano de Hesse, Westfalia, tuvo á Cassel por capital y á Magdeburgo por ciudadela, y figuró como el primer soberano germánico después del rey de Prusia que ocupaba el mejor lugar.

Terminados estos ajustes, no quedaba en nuestro poder más que la ciudad de Erfurt con algunos distritos, destinados al rey de Sajonia, duque de Varsovia, tras de lo cual el estado de Alemania sería constituido de una manera definitiva y por tanta duración como fuera la del mismo imperio de Francia.

Según se ha visto, el precio señalado á la cesión de Hannóver era la manutención de un cuerpo de tropas francesas, cuya condición no estaba acorde con el designio concebido por Napoleón de evacuar la Alemania para aplacar los odios nacionales; pero le estorbaban persistir á la sazón en complementar este pensamiento juicioso dos causas, el estado de Prusia y la ejecución de los decretos de Berlín y Milán, que constituían lo que se conoce con el nombre de bloqueo continental. Como potencia desventurada al par que inconsecuente habíase portado Prusia, porque nada hace más inconsecuente que la agitación del infortunio. Protestando firmemente de su sumisión á las duras condiciones suscritas en Tilsit, afectando resignación suma, manifestando extremada diligencia en reprimir al partidario Schill, había sido plenamente partícipe en el fondo de su alma de los sentimientos del patriótico insurgente á quien perseguía, alimentando por un momento y dejando traslucir la esperanza de librarse del yugo que pesaba sobre Alemania. Nada más natural y aún más legítimo, pues hay que tener fortaleza de espíritu para aprobar dondequiera el odio al extranjero, aun cuando es uno mismo el extranjero detestado. Por su desgracia, Prusia á estos naturalísimos sentimientos había unido imprudencias sobrado graves. Bajo pretexto de preparar el contingente ofrecido á Francia, había reclutado sus regimientos, comprado caballos y operado ciertas reuniones de tropas. Semejantes apariencias no podían

engañar á espíritu tan penetrante como el de Napoleón, y además habían costado mucho á la hacienda prusiana. Sobre los malos síntomas de las disposiciones secretas de Prusia, resultó de este proceder suyo una gran tardanza en el pago de las contribuciones que aún nos debía, pues no bien comenzada la guerra de 1809, había consentido que se protestaran 22 millones de letras de cambio firmadas en favor del tesoro extraordinario. Nada hizo Napoleón sobre esto de pronto, mas después de la paz de Viena reclamó tan vigorosamente como solía, y con tono tan perentorio que la desobediencia vino á ser imposible. No estaba menos al alcance de la mano de Napoleón la Prusia, aunque su corte se obstinara en permanecer en Königsberg por cálculo y por tristeza, y sino el todo, urgía al menos que pagara algo. «Una vez más habéis desperdiciado la ocasión oportuna (le decía Napoleón) de reponeros, acreditando vuestra buena fe respecto de Francia. Si hubierais alcanzado á prever que la última bulla del Austria no podía conducirla más que á derrotas y á nuevas pérdidas de territorio, sin aumentar vuestras tropas, ni acrecer vuestros gastos, debisteis uniros á mí, darme el contingente de quince mil hombres que de obligación os correspondía, hacer honor á vuestra firma, pagar vuestros 22 millones de letras de cambio, y probarme que anhelabais tornar á la política más conveniente para vosotros, la de la alianza francesa. Entonces verosímilmente os hubiera indultado del resto de vuestras contribuciones, y os hubiera restablecido, ensanchado y puesto muy cerca de la altura de donde habíais descendido. Quizá Magdeburgo, quizá Hannóver hubieran servido para galardonar la resolución de seguir más laudable conducta, pero me amenazasteis en vez de socorrerme, gastasteis para armaros en contra mía, en vez de gastar para pagarme vuestras deudas: victorioso me hallo, y es menester que expiéis vuestras culpas, no con nuevas pérdidas de territorio, sino al menos con el cumplimiento de vuestros compromisos. Dilatando el satisfacerlos, me obligáis á dejar guarniciones en las plazas del Óder, y para sustentárselas, á mantener tropas sobre el Elba. Semejante ocupación me expone á dispendios, y lo que me es aún más doloroso, á demostraciones militares en Alemania que contrarían mis miras políticas. De resultas impedís que renazca en los espíritus la calma, y así corren parejas el perjuicio moral y el material que me origináis con vuestra conducta. Fuerza es que semejante estado de cosas acabe, y que acabe dentro de un año, si queréis evitar que me busque la paga yo propio, apoderándome de una de vuestras provincias, tal vez la Silesia, y dándosela á quien me pague.»

Este era el formal lenguaje usado con Prusia, al cual Napoleón agregaba cuentas minuciosas para que se le satisficieran del todo. Aun después de la reducción de su deuda, salía alcanzada la Prusia en no menos de 86 millones, de los cuales exigía Napoleón que se le entregaran cuatro mensuales con el objeto de percibir 48 dentro de un año, y pensando cobrar los 38 millones restantes por medio de un empréstito de igual suma, que se había de contratar en Holanda, se encargaba de que los holandeses lo facilitaran á nombre de Prusia, valiéndose de diversos arbitrios que tenía en su mano. Espantada Prusia ofreció cuanto le fué demandado,

bien que siempre con el intento cauteloso de eludir la ejecución de sus compromisos.

Muy al cabo Napoleón de que su crédito no se le pagaría si abandonaba las plazas del Óder, llamadas Glogau, Custrin, Stettin, y retenidas como en prendas, se propuso continuar ocupándolas con tropas francesas y polacas. Estas últimas, aguerridas en nuestra escuela, se habían hecho ya excelentes y muy decididas por nosotros, y aunque nominalmente pertenecían al rey de Sajonia, duque de Varsovia, hallábanse en realidad á disposición de la Francia. Cada una de las plazas de Glogau, Custrin, Stettin recibieron un regimiento sajón-polaco: tropas francesas componían allí las armas de artillería y de ingenieros, y como no llegaban á la quinta parte de la fuerza activa, no parecían francesas aquellas guarniciones. Más hizo Napoleón por Stettin, que tocaba con el mar Báltico y era de mayor importancia; le agregó, tomándolo del cuerpo del mariscal Davout, un regimiento de infantería. Dantzick había venido á ser como una ciudad anseática, dotada de independencia ficticia y destinada por los tratados á recibir guarnición francesa en caso de que la guerra marítima lo reclamara. Bajo el pretexto, muy especioso y harto fundado, de que ocurriera á los ingleses ocupar una ciudad tan preciosa por su puerto, su situación junto al Vístula, su extensión, estableció allí una guarnición semejante á la de las plazas del Óder, y aún más fuerte. Además del general Rapp, nombrado gobernador de ella, puso Napoleón dentro dos regimientos polacos, dos franceses, uno de infantería y otro de caballería, y tropas de artillería é ingenieros franceses también como las de Stettin, Custrin y Glogau. De esta suerte con fuerzas en realidad francesas, aunque aparentemente polacas, ocupó Napoleón aquellas plazas importantes, por cuyo medio señoreaba en plena paz el Óder y el Vístula.

Indudablemente se hallaban en contradicción estas ocupaciones territoriales con el sistema de apaciguamiento que constituía la política de Napoleón por aquel instante, pero eran un medio de contener á Prusia, de obligarla á pagar lo que nos debía, y preparaban al propio tiempo una tremenda base de operaciones contra Rusia, si se volvía á encender la guerra con esta potencia; de modo que, ni aun aprovechándose de la paz, sabía Napoleón prescindir de cálculos y preparativos de guerra. A mayor abundamiento, las deudas de Prusia, la presencia amenazadora de los ingleses en el Báltico, la necesidad de ocupar el litoral de este mar para velar por la ejecución de las leyes del bloqueo, explicaban suficientemente la existencia de dichas guarniciones francesas, é impedían que se perdiera del todo el bien producido por la evacuación del resto de Alemania.

Por otra parte urgía, no sólo apoyar las guarniciones dejadas junto al Vístula y junto al Óder, sino obligar á las ciudades anseáticas á renunciar al comercio británico y lo mismo á Holanda, tan opuesta al bloqueo continental como si estuviese regida por un príncipe de Alemania ó de Inglaterra. Hasta cuando estaban de buena fe los gobiernos, como los pueblos no entraban fácilmente en las miras que habían inspirado el bloqueo continental, entregábanse á un contrabando mal contenido, aun castigándolo con rigor extremado. Lo que sucedía en Holanda, transformada en monarquía fran-

cesa, y donde sin embargo el comercio inglés era muy molestado, probaba harto bien la dificultad de la empresa. Napoleón había resuelto ejecutar el bloqueo continental sin levantar mano, sobre todo ahora que tenía desahogo y tropas disponibles, y hacer personalmente esta clase de guerra, una de las más eficaces sin duda con que podía hostilizar á los ingleses, y ninguna de las potencias ligadas á esta parte de su política por tratados se podía oponer con razón á que tuviera tropas en Hamburgo, Brema, Embden, como ya las tenía en Stettin y Dantzick.

Ya que hubo dado á la política de evacuación toda la latitud posible, distribuyó Napoleón de una manera muy hábil sus tropas, con las diversas miras de aliviar á Alemania, de apoyar sus guarniciones del Vístula y del Óder, de ocupar las costas del Báltico, del mar del Norte y de la Holanda, de volver á empezar las reuniones del campo de Boloña, enviar refuerzos considerables contra España, y finalmente de conseguir las economías que reclamaba muy urgentemente su hacienda. A Laybach había vuelto á enviar el ejército de Dalmacia, guiado por el mariscal Marmont desde Zara á Viena, y determinó que á cargo de las provincias ilíricas estuviera su sostenimiento, pues debían producir alrededor de 12 á 13 millones por año, sin contar otros 7 ú 8 millones de fincas enajenables. Destinado había también el ejército de Italia á las llanuras del Friul, de Venecia y de Lombardía, donde el tesoro francés le había sustentado siempre, mediante un subsidio anual de 30 millones suministrado por Italia, incluídos todos los años en los ingresos del presupuesto del imperio y no representando más que una parte del gasto. Sucesivamente había hecho refluir sobre España todos los refuerzos dirigidos antes sobre el Danubio, durante las negociaciones que debían poner fin á la guerra de Austria. Aún quedaban los tres cuerpos de los mariscales Davout, Massena, Oudinot, que constituían la fuerza del gran ejército en Ratisbona, Essling y Wagram. Traídos sucesivamente de la Baja Austria á Baviera, á Suabia, habían vivido durante el tránsito sobre las provincias destinadas á los monarcas aliados, donde de antemano estaban satisfechos sus consumos en los territorios excelentes cedidos á los propios monarcas. Napoleón distribuyólos definitivamente en esta forma. Disuelto fué y repartido en las costas de Francia el cuerpo del mariscal Oudinot, compuesto de una división de antiguos regimientos, que el valiente general Saint-Hilaire, muerto en Essling, tuvo bajo su mando, y de dos divisiones de cuartos batallones: entre Cherburgo, Saint-Malo y Brest, fueron destacados dichos antiguos regimientos, con el fin de amenazar á Inglaterra, y las dos divisiones de cuartos batallones, pertenecientes á batallones que hacían la guerra en España, fueron situadas en las costas desde Rochefort á Burdeos para marchar hacia los Pirineos, si los cien mil hombres recién enviados no bastaban á domar á los españoles. El cuerpo del mariscal Massena, compuesto de las antiguas divisiones de Molitor, Legrand, Boudet, Carión, Saint-Cyr, más valientes que numerosas, pasó de Suabia á Franconia, y descendió el Rhin para ocupar el campo de Boloña, el Brabante y las fronteras de la Holanda. De estas cuatro divisiones la principal fué situada en Embden para darse la mano con las ciudades anseáticas.

Del cuerpo del mariscal Davout, el mejor, más sólido y más fuertemente organizado, habían de salir las tropas destinadas á ocupar el Norte de Alemania. Para determinarse á esta elección tuvo Napoleón muchas razones. Haciendo vivir siempre á este cuerpo en las comarcas septentrionales, quería conservar su temperamento vigoroso, sus hábitos guerreros y hacerle casi olvidar su suelo nativo. Además, prudentes y probas las gentes de que se componía, á semejanza de su jefe, eran idóneas para una clase de servicio que exponía á quienes lo prestaban á una corrupción peligrosa, pues los contrabandistas no economizaban sacrificios á trueque de violar el bloqueo. Por último, si algún día era indispensable descargar otro golpe de ariete sobre el gran imperio del Norte, cabeza de este ariete sería el invencible tercer cuerpo, ya que hay que repetir por desgracia que Napoleón, aun en medio de los planes más sinceros de paz, alimentaba, por previsión respecto de sus intereses ó de los de los demás, ideas belicosas que tarde ó temprano habían de hacer abortar sus más pacíficas resoluciones.

A pesar de ser casi perfecta la organización de las divisiones de Morand, Friant, Gudin, todavía sufrieron algunas recomposiciones. Se las completó con uno de los regimientos de la división de Saint-Hilaire, y subieron así á cinco regimientos de infantería de cuatro batallones cada uno, sin contar las tropas de artillería para el servicio de más de ochenta bocas de fuego. También se les agregaron la división de coraceros del general Bruyere, la de caballería ligera del general Jacquinet y un inmenso parque de sitio. El gasto de este soberbio cuerpo de ejército fué repartido entre el reino de Westfalia, las ciudades anseáticas y las plazas retenidas en prendas. Al general Gudin cupo en suerte guardar el Hannover, al general Morand las ciudades anseáticas, al general Friant á Magdeburgo y el Elba. Residiendo el mariscal Davout en Hamburgo, mientras sus camaradas iban á gozar el descanso de la paz, debía ocuparse bajo el rudo clima del Norte en la instrucción de las tropas y en la rigurosa aplicación de las leyes del bloqueo.

Por lo que hace á las divisiones de caballería de línea, que habían servido cerca del mariscal Davout habitualmente, regresaron á Francia, salvo la división Bruyere, dejada en el Norte. Puestos fueron bajo el pie de paz y acantonados en Normandía ó abandonados á los forrajeros, los coraceros de España, que se denominaban ya de Padua. Por Lorena y Alsacia fueron diseminados los carabineros y los coraceros de Saint Germán en lo antiguo. Cuantos se habían inutilizado volvieron con recompensas á sus hogares, y los reclutas, cuya instrucción estaba apenas concluida, retornaron al depósito para ser dirigidos muy pronto á la Península en los cuadros de marcha. Del efectivo medio de mil jinetes á que Napoleón quiso elevar los regimientos de caballería, se les redujo al de unos seiscientos. Se suspendieron los ajustes para las remontas, y los que no podían ser rotos por existir ya compromisos, sirvieron para suministrar caballos contra los españoles. Como siempre costosos de mantener los caballos de la artillería, fueron enviados parte á Italia, donde vivían á costa de una provincia conquistada, parte á Alsacia y Lorena, donde había el proyecto de fiárselos á los aldeanos

(ensayo que acababa de discurrir Napoleón anheloso de economías), parte á España, donde era menester acarrear inmensos parques de sitio para tomar las plazas. Finalmente, los estados mayores inútiles fueron disueltos, conservándose entero no más que el del cuerpo de Davout, único que se mantuvo, como queda dicho, en pie de guerra.

Para proporcionar Napoleón algún respiro á la población del imperio y permitirle saborear las delicias del reposo, había resuelto que en 1810 no se sortearan soldados. Con la reducción del efectivo y la suspensión de los gastos del primer equipo por este año, contaba hallar una doble economía. Independientemente de la guardia que se proponía dirigir entera hacia los Pirineos, proyectaba enviar á España un refuerzo de cien mil hombres, al cual seguiría una reserva de treinta mil de allí á poco. Para este doble envío calculaba que serían bastante el alimento del año anterior y del presente. Ya se ha visto cómo las medias brigadas provinciales, formadas por los cuartos y quintos batallones, dirigidas primero á Suabia, Franconia y Flandes, y movidas después hacia España, habían sido encaminadas definitivamente á los Pirineos. Para que llegaran á la Península bien completos los cuadros, agrególes Napoleón cuanto en los depósitos halló disponible. Con el fin de aumentar el 13.º de coraceros, que servía en Aragón, tomó de la caballería de línea los hombres que no habían salido á campaña: con el fin de renovar los doce regimientos de cazadores y de húsares, que seguían batallando contra los españoles, echó mano de cuantos soldados útiles existían en los depósitos de caballería ligera. De los veinticuatro regimientos de que constaba el arma de dragones, había segregado los escuadrones terceros y cuartos durante la campaña de Austria, para llevarlos en formaciones provisionales hacia el Danubio; celebrada la paz, volviólos sobre los Pirineos, haciendo ingresar en sus cuadros todos los reclutas de los últimos alistamientos aptos para servir en esta arma, de cuya manera fueron contra España los dragones todos.

Valiéndose de estos recursos, en lo que Napoleón sobresalía siempre, disminuyó todo lo posible el gasto de sus armamentos, y acumuló sobre la Península todas sus fuerzas disponibles, al par que conservaba un fuerte núcleo de ejército en el Norte, y envolvía en una red de tropas de observación las ciudades anseáticas y la Holanda. Según sus planes, á España tocaba pagar la guerra de que era origen y teatro. De resultas de esta guerra y de lo mucho que le costaba, había concebido un enojo, que recaía sobre el país y hasta su mismo hermano José, el cual, humillado siempre por el estado de sujeción en que vivía, descontento de los generales franceses, de su arrogancia para con él, de sus desmanes contra los españoles, afectando creer ó creyendo realmente que si se le dejara procurar á su gusto la pacificación de España, alcanzaría más con la persuasión que Napoleón con la fuerza brutal, había acabado por ser sospechoso á los ojos de éste, y blanco de convenciones acerbas. Irritado Napoleón de tan inmensos gastos, á pesar de los cuales nuestros ejércitos carecían de todo, escribió á José é hizo que le escribieran sus ministros las cartas más duras y perentorias. «A lo imposible (decía) nadie está obligado. De continuar como hasta ahora no bastarán todas las rentas de Fran-

cia á sufragar todos los gastos para el ejército de España. Mi imperio se agota de hombres y de dinero, y me urge hacer alto. La última guerra de Austria me ha costado más de lo que me ha valido: la expedición de Walcheren ha hecho salir de mi tesoro sumas considerables, y si persisto, mi hacienda quedará consumida en breve. Forzoso es que en España la guerra se sustente con la guerra, y que el rey provea á los principales gastos de ingenieros, de artillería, de remontas, de hospitales y del mantenimiento de las tropas. Todo lo más que puedo hacer es enviar para asalariarlas un suplemento de dos millones mensuales; fuera de esto no puedo nada. España es riquísima y puede pagar los gastos que ocasione. Bien halla el rey con que dotar en Madrid á favoritos á quienes no debe cosa alguna; piense, pues, en mantener á mis soldados, á quienes debe su corona. Y si no puede me apoderaré de la administración de las provincias españolas, las haré administrar por mis generales, y sabré muy bien sacar los necesarios recursos, á la manera que he sabido ejecutarlo en todos los países conquistados donde han hecho morada mis tropas. No hay sino atenerse á estos datos, porque mi voluntad (añadía) es irrevocable, y es irrevocable porque se funda en necesidades invencibles (1).»

Motivos asistían á Napoleón para manifestar inquietud por su hacienda, pues si había de mantener bien organizados y sostenidos los ejércitos numerosos que le servían desde el Vístula al Tajo, y desde el estrecho de Calais hasta las orillas del Save, para contener á la Europa, necesitaba tanto dinero como gente, y perseverando en la marcha que hasta entonces, se exponía á agotar no menos su población que su tesoro. En efecto, según el producto de las contribuciones existentes que no se podían aumentar sin que se resintieran de onerosas, se veía obligado á limitarse al guarismo de 740 millones de gastos, que juntos con los 40 millones destinados al servicio departamental y con los 120 que la recaudación tenía de coste, sumaban aproximadamente un total de 900 millones, como hemos dicho muchas veces. Todos los años excediase de esta suma en 30 ó 40 millones cuando no había guerra, y si la había en 80 ó 100. Mucho más que esta suma había costado la última campaña de Austria, y siempre tenía que salir del tesoro del ejército, ya desde entonces calificado con el título de *tesoro extraordinario*. Aun cuando fuera considerable aquel tesoro, hallábase ya muy mermado, por ser la caja de donde sacaba Napoleón, ora con que recompensar á sus soldados, ora con que acabar los grandes monumentos de la capital y los canales, ora con que socorrer á las ciudades atrasadas ó á las poblaciones afligidas. Como se dijo anteriormente, aquel tesoro estaba reducido á 292 millones al estallar la guerra de Austria. Esta guerra le había aumentado en 130 millones (2), en 10 más la venta de las lanas de España, y una cesión del tesoro sobre el monte de Napoleón en otros tantos, lo cual le hizo subir á 482 millones. De él había sacado Napoleón 84 millones para la guerra de

Austria, 28 para el Louvre y diferentes monumentos, 12 para dotaciones, 4 para algunos gastos extraordinarios, con lo que le redujo á 354 millones (3).

Conviene saber que no era enteramente líquida esta suma, pues comprendía muchos créditos sobre los Estados vencidos, especialmente el de 86 millones sobre Prusia, cuya cobranza, según se ha visto, costaba á Napoleón gran trabajo. Tampoco los 84 millones, tomados del mismo tesoro para la campaña de Austria, representaban todo el excedente de desembolsos que había costado esta guerra ni con mucho, pues las tropas sobre los mismos lugares habían hecho considerables consumos no metidos en cuenta, y el presupuesto del Estado, donde para gastos ordinarios de guerra se hallaban incluidos 350 millones, hubo de suministrar otros 46 encima, lo cual sumaba un total de 400 millones para la campaña, fuera de los consumos locales.

Necesitábase, pues, economizar el tesoro extraordinario, que de las cinco guerras de que era producto había recibido 850 millones y que estaba ya limitado á 354 por resultas de los dispendios de las mismas guerras. Así Napoleón tenía resolución muy firme de no sacar de allí dinero todos los años. Según lo había practicado en 1809, presentó en 1810 al Cuerpo legislativo, congregado muy obscuramente, un presupuesto reducido provisionalmente á 740 millones de gastos generales, á 40 millones de gastos departamentales mencionados por memoria, y á 120 millones de gastos de recaudación conocidos, pero no mencionados, y formando de consiguiente el total de 900 millones de gastos previstos y siempre aumentados hasta bajo un señor absoluto y metódico por extremo en sus cuentas. Bien sabía Napoleón que sería insuficiente de seguro la suma de 350 millones concedida á los dos ministerios de la Guerra, debiéndose atender á los ejércitos que había en Iliria, Italia, Alemania, Holanda y España, aunque parte de ellos vivieran á costa de los países ocupados: se le alcanzaba que un excedente de 30 ó 40 millones, y aun quizá de 50 millones, vendría á alterar el equilibrio ficticio entre sus ingresos y gastos de paz, y para cubrir este déficit, sin tocar al tesoro extraordinario, había ideado varios recursos. Se componían en primer lugar de los bienes de ilustres familias españolas, perseguidas como delincuentes de alta traición, y cuyo total patrimonio ascendía á 200 millones, y en segundo de las presas que hacía ó solicitaba contra los falsos neutrales que se habían introducido, tanto en los puertos del imperio como en los de los países aliados, cuyas presas podían subir asimismo á muchos centenares de millones. Observando un orden severo en sus gastos, lisonjeábase, pues, Napoleón de no carecer con qué sustentar los grandes armamentos á que le obligaban á una la Europa ya pacificada, aunque no resignada, y la guerra de España mejor conducida, bien que muy distante de terminada.

Por lo que precede, ya es posible formar idea de los proyectos concebidos por Napoleón para llevar á último remate su larga lucha con Europa. Mientras que, aun evacuando á Alemania, sus tropas tenían á raya el Norte del continente, y guardaban contra el comercio británi-

(1) No hago aquí más que analizar una serie de cartas, cuyo lenguaje es mucho más enérgico que el que uso para resumirlas. (N. del A.)

(2) Parte en contribuciones impuestas al país, parte en una contribución de guerra que se estipuló por el tratado de paz. (N. del A.)

(3) Entiéndase de una vez para siempre que los millones que se citan no son de reales, sino de francos. (N. del T.)

co las costas, se proponía allegar sobre la Península todos los reclutas, que ya no requería la guerra de Austria, y que, distribuidos en los antiguos cuadros del ejército ocupado en vencer á España, debían completarlos y rejuvenecerlos. A ellos acababa de agregar su propia guardia, que desde la primavera de 1816 iba de camino, después de gozar algunos meses de descanso; y aun pensaba trasladarse á la Península en persona, reunir allí cien mil hombres á sus órdenes inmediatas, empujar hacia la mar á los ingleses, y conseguir que, después de causarles un gran desastre, se inclinara la balanza en el parlamento británico á favor del partido que suspiraba por la paz.

Con el único fin de obtenerla, proyectaba Napoleón añadir al enérgico arbitrio de hacer sufrir á los ingleses un gran descalabro otro recurso no menos eficaz sin duda, el de formalizar el bloqueo continental, no ejecutado rigurosamente más que en los puertos de la antigua Francia; casi no llevado á efecto en la Francia nueva, como la Bélgica por ejemplo, y totalmente desatendido en los Estados de los deudos ó aliados, como Holanda, Hannóver, las ciudades anseáticas y Dinamarca. Su ardimiento por este linaje de guerra no era menor que por el muchas veces acreditado para la que tan perfectamente hacía sobre el campo de batalla. Para causar enormes perjuicios á Inglaterra, no se trataba sólo de impedir en el continente la entrada á sus tejidos de algodón y á sus diversos productos de metalurgia, sino de cerrársela especialmente á su azúcar, á su café, á su algodón en rama, á sus tintes, á sus maderas, etc., que constituían la moneda con que se pagaban sus manufacturas de Manchester y de Birmingham en las Indias Occidentales y Orientales. Tanto sus colonias como las francesas y las holandesas, sucesivamente conquistadas por los ingleses, y las españolas, á las cuales consiguieron abrirse paso después de la guerra de España, no les pagaban sino en géneros coloniales, que acto continuo tenían precisión de vender en Europa, á fin de realizar el valor de sus operaciones industriales y mercantiles. Urgiéndoles introducir estos géneros en el continente, habían imaginado diversos arbitrios muy ingeniosos. Así, además del gran depósito de Londres, donde estaban obligados á acudir los neutrales, para tomar parte de su cargamento, establecieron otros depósitos en las Azores, en Malta, en Heligoland, donde habían acumulado masas enormes de mercancías, y de donde los contrabandistas iban á sacar la materia de su tráfico clandestino. Por ejemplo, en Heligoland habían erigido un singular establecimiento, que demuestra hasta qué punto había llegado por aquellos días de violencias comerciales el arte del contrabando. Heligoland es un islote situado en el mar del Norte, frente por frente de la embocadura del Elba, dividido en parte baja adonde pueden abordar los buques, y en parte alta con la que no se podían comunicar más que por una escala de madera de doscientos peldaños y fácil de romper en pocos instantes. Seiscientos ingleses con artillería numerosa defendían esta parte alta y los vastísimos almacenes allí construidos, y en que se guardaban mercancías por valor de 300 á 400 millones. Una flotilla inglesa custodiaba las avenidas todas, cruzando de continuo en rededor de la parte baja. Aquí iban los contrabandistas en busca de las mercancías, que, á pesar de las leyes de Napoleón,

lograban introducir en el continente. Primeros depositarios de estas mercancías eran los colonos que cultivaban las tierras á lo largo de aquellas costas: á las casas de ellos se iban á recoger de noche para desparramarlas por dondequiera, y este fraude era cosa corriente, no sólo en las ciudades anseáticas, sino hasta en Holanda, á pesar de sus vínculos con la Francia. Diligentemente auxiliaba á los contrabandistas la población de estos diversos países, y se les unía para acometer á los aduaneros, desarmarlos, degollarlos ó seducirlos.

Además de estos traficantes clandestinos se contaban los falsos neutrales, que ejercían casi al descubierto el contrabando, é introducían géneros prohibidos en los puertos franceses y aliados con abundancia.

Para comprender el papel de los falsos neutrales, hay que recordar los decretos franceses é ingleses, tan á menudo citados en la presente historia, como que formaban la legislación marítima de entonces. Ante todo, cometiendo los ingleses un acto de violencia, declararon en 1806 bloqueados todos los puertos de Francia desde Brest á las bocas del Elba, sin embargo de no tener una fuerza efectiva para cerrar su entrada, según las reglas del derecho de gentes. Inmediatamente, y por virtud de su decreto de Berlín, respondió Napoleón á este bloqueo ficticio con el general de las islas Británicas, vedando comunicarse con ellas por cartas ó buques, y prohibiendo el acceso á sus puertos de todos los buques ingleses y hasta de cuantos hubieran tocado en Inglaterra y sus colonias. A este decreto replicó Inglaterra con sus famosas órdenes del consejo de 1807, según cuyo texto ningún buque neutral podía cruzar por los mares, cualesquiera que fuesen su procedencia y su destino, si no tocaba en Londres, en Malta ó ciertos lugares de la dominación británica, para que allí se comprobara su cargamento y alcanzara licencia de navegar, mediante el pago de enormes derechos. En noviembre de 1807 repuso Napoleón á este acto extraordinario de soberanía sobre los mares con su decreto de Milán, que declaró desnaturalizados y de buena presa, dondequiera que fuesen cogidos, cuantos buques se sujetaran á esta legislación odiosa.

Entre estas dos tiranías bregaban los infelices navegantes neutrales, obligados á ir por licencia de navegar á Londres, y expuestos, de resultas de haberla adquirido, á ser capturados por los franceses. Nada cabe decir para justificar ninguna de las dos tiranías, y lo más que se puede alegar como excusa de la segunda es que fué provocada por la primera. Su exigencia llevaban los ingleses hasta el extremo de que para pagar la licencia, sin la cual no se podía navegar, ó para cargar de mercancías inglesas, acudieran todos los buques del Mediterráneo á Malta, y los del Océano á Londres. Por ejemplo, los holandeses, que para sus salazones venían en busca de sal á las costas de Francia, no se podían llevar esta primera materia de su principal industria, sin ir á pagar á Londres la correspondiente licencia.

Irritados los americanos contra esta doble violación del derecho de los neutrales, que imputaban especialmente á los ingleses como provocadores, dictaron la denominada *ley de embargo*, por la cual prohibieron á sus buques el navegar entre Francia é Inglaterra, y hasta el venir á Europa: les prescribieron que se dedicaran exclusivamente al tráfico en las playas americanas, y

aun determinaron usar de su propio algodón y hacerse por consecuencia industriales. En cambio declararon apresable todo buque francés ó inglés que osara tocar en las costas americanas después de tener el valor de vedarse á sí propios las playas inglesa y francesa.

Con todo, los armadores americanos, menos orgullosos que su gobierno, infringieron por lo común estas leyes más honrosas que bien calculadas. Así, no alcanzando el embargo más que á los buques ya surtos en los puertos, quedáronse la mayor parte como aventureros en los mares, discurriendo atinadamente que tales providencias no durarían más de uno ó dos años, y vivían yendo de puerto en puerto por cuenta de las casas que los habían despachado. Casi todos se dirigían á Inglaterra: allí cargaban los géneros coloniales con que se hallaban atestados los almacenes de Londres; á veces los porteaban por su cuenta, más á menudo por la de los negociantes ingleses, holandeses, anseatas, daneses ó rusos; tomaban las licencias; se hacían convoyar además por las flotas británicas; entraban en Cronstadt, Riga, Dantzick, Copenhague, Hamburgo, Amsterdam; se introducían hasta en Amberes, el Havre, Burdeos; presentábanse en todos estos puertos como neutrales, puesto que eran americanos; afirmaban no haberse comunicado con Inglaterra; se les creía fácilmente en Rusia, Prusia, Hamburgo, Holanda, donde querían ser engañados; con alguna más dificultad en Amberes, el Havre y Burdeos, aunque allí también hallaban frecuentemente medios de burlar la vigilancia de la administración imperial, casi siempre impotente, después de indagaciones minuciosas, para hacer constar las comunicaciones con Inglaterra y la sumisión á sus leyes.

Por el Mediterráneo los griegos, que empezaban entonces su fortuna mercantil bajo el pabellón otomano, iban á Malta á buscar azúcares, cafés, algodones ingleses, y los transportaban á Trieste, Venecia, Nápoles, Liorna, Génova, Marsella, anunciándose como neutrales por su calidad de otomanos, y respecto de ellos no menos que de los americanos costaba mucho acreditar el fraude.

Capital era el interés de Francia en atajar este vasto comercio clandestino, pues si se lograba que los ingleses no pudieran vender en Europa los géneros coloniales, producto de sus numerosas colonias, ó precio con que se habían pagado sus manufacturas en las colonias de otras naciones, su inmenso tráfico venía por tierra. En más ó menos porción se protestaba la enorme cantidad de papel fundada sobre estos valores y depositada en el Banco de Inglaterra por vía de descuento, y sus billetes que, desde la supresión del pago en dinero formaban su única ó principal moneda, estaban amenazados de un descrédito pronto. Ya perdían el 20 por ciento con relación al dinero: el cambio inglés, que estaba muy bajo, pues la libra esterlina, que vale por lo común 25 francos, pasaba apenas por 17 en el continente, debía aún bajar más y podía muy bien suceder que, perdiendo el billete de banco hasta el 30 por ciento, cayera el valor de la libra esterlina á 15 y 14 francos en el continente, y que así llegaran á ser casi imposibles todos los negocios del Estado y de los particulares. ¿Cómo proporcionarse entonces tantos objetos de que el lujo inglés no se quería privar ni aun en tiempo de guerra? ¿Cómo

atender sobre todo en la Península á la manutención de los ejércitos ingleses, que no podían entre sus aliados obtener pan, carne, ni vino, sino por oro ó por plata? Unida á esto la circunstancia de que dos partidos políticos de fuerzas generalmente desiguales se balanceaban á la sazón en la Gran Bretaña á propósito de ciertas cuestiones, y que uno estaba por la paz y otro por la guerra, se comprenderá que añadir á grandes reveses militares un nuevo descrédito de los valores mercantiles, era dar armas al partido de la paz y aproximarse al día que, pacificados á la vez mar y continente, la obra de Napoleón llegara por fin á remate.

Aun cuando pequen de violentos los medios á que hubo de apelar Napoleón con este objeto, su importancia era tanta que no se puede menos de hallar excusas á lo que hizo para la realización de sus fines, y hasta se adquiere la convicción de haber consistido su principal yerro de allí á poco en no ser muy perseverante en sus miras. Conociendo desde luego la dificultad de descubrir si los que se presentaban como neutrales habían ó no consentido en pasar por las leyes inglesas, adoptó una resolución radical que zanjaba aquella dificultad de plano. Ya no quiso que se admitieran otomanos ni americanos en los puertos franceses ni aliados, y para obrar de esta suerte fundóse en razones muy sostenibles. Respecto de los otomanos, poco vigilados por su gobierno, y sobre todo no tocando más que en puertos franceses ó casi franceses, como Marsella, Génova, Liorna, Nápoles, Trieste, Venecia, determinó que se les recibiera provisionalmente; que sus papeles fueran enviados á París con el objeto de examinarlos el director de aduanas y él mismo, y que no se les eximiera del secuestro, pena impuesta á todo fraude, hasta después de este examen riguroso. Si algún inconveniente resultaba de vejar á estos griegos, que se presentaban como otomanos, era sin duda de escasa monta, dado que la Puerta se interesaba por ellos muy poco, y que además no se hacía de la Puerta gran caso.

Más grave era la dificultad de proceder rigurosamente respecto de los americanos. No sólo venían á Francia, sino á Holanda, Alemania, Prusia, Rusia, países adonde no bastaba intimar una orden para que fuera obedecida, siendo menester acompañarla con razones plausibles y apoyadas en una grande influencia. Además aquellos americanos pertenecían á un gobierno poderoso, con quien importaba guardar contemplaciones, porque así había probabilidades de inducirle pronto á declarar la guerra á la Gran Bretaña. Napoleón prohibió admitir á los americanos en los puertos franceses ó casi franceses, é insistió en que Prusia y Rusia les cerraran los suyos, alegando la razón fundadísima de que no podían menos de ser falsos americanos; calidad que efectivamente usurpaban algunos de ellos; y que no daba derecho á otros para que su gobierno les apoyara, por ser expatriados que habían renunciado á su país por más ó menos tiempo y adoptado los depósitos británicos por única patria. Se les podía, pues, disputar la protección del pabellón americano, y aun tener por seguro que, reprimiéndolos, se reprimía el comercio de Inglaterra, y no se les dejaba otro arbitrio que el del contrabando nocturno, practicado por menor á lo largo de las costas mal vigiladas.

Todavía fué Napoleón más lejos relativamente á los